

## **SE NECESITA ENFERMERA**

*“Se necesita enfermera para centro de atención primaria. Zona rural”.*

Valeska no se lo pensó dos veces cuando leyó el anuncio y llamó enseguida. Pensó que un puesto así ya estaría ocupado, pero se sorprendió cuando desde el otro lado de la línea le apremiaban para incorporarse cuanto antes.

Casi no se lo creía cuando le contó a su familia que en algo menos de una semana tendría que incorporarse a trabajar en el centro de salud de un pueblo cuyo nombre era la primera vez que oía y que tuvo que buscar en internet para localizarlo en el mapa.

*“Es un contrato de verano” le dijo a sus padres “No está cerca de la ciudad, pero me han ofrecido alojamiento y la gente parece muy amable, me han dicho que voy a estar muy bien y que me adaptaré rápido”.*

Elena, la madre de Valeska, la escuchaba con los ojos abiertos como platos, sin saber muy bien qué decir. Por un lado, estaba contenta, veía ilusión en el rostro de su hija, al fin y al cabo, Valeska acababa de terminar Enfermería y aunque ella hubiese preferido que se quedase a trabajar en cualquiera de los hospitales de la ciudad, sabía que el trabajo no estaba fácil y que esta podía ser una oportunidad no solo laboral sino también personal para su hija.

Pero por otro lado, tenía miedo, Valeska cumpliría 22 años a finales de verano, y esta era la primera vez que se iba de casa. Trabajar y vivir fuera, lejos de casa... quizá fueran muchos cambios para todos.

Los días siguientes fueron un continuo ir y venir. Todos estaban un poco nerviosos, preparativos, maletas... Valeska preparaba durante el día todo lo que creía que iba a necesitar durante el verano y por las noches sacaba un ratito para estudiar, repasar apuntes, hacerse esquemas... Era su primer trabajo y estaba dispuesta a hacerlo lo mejor posible.

Llegó al pueblo un domingo por la mañana. Iba a instalarse en la que todos conocían como la casa del médico. Llevaba un par de años deshabitada, pues el médico de la zona vivía en uno de los pueblos cercanos, el más grande de por allí y el puesto de enfermera llevaba ocupándose con contratos temporales desde que se jubiló el último practicante del pueblo, don Ramón.

Por alguna razón, que Valeska desconocía, los enfermeros que habían ocupado este puesto acababan dejándolo a las semanas de incorporarse.

Abrió las ventanas y el aire limpio inundó rápidamente la casa. Para Valeska, acostumbrada a vivir en un piso de uno de los barrios más populosos de la ciudad, donde el abrir la ventana suponía tener que saludar al vecino de enfrente, la vista que su nueva casa le ofrecía la dejó sin habla.

Un prado verde con algunas vacas se extendía ante ella, y al final, se elevaba una montaña salpicada de pequeñas manchas blancas. Se quedó un buen rato mirando el paisaje y pudo darse cuenta de que las manchas blancas eran, en realidad, ovejas pastando tranquilamente. Cerca de la verja de su casa había un camino por el que avanzaba lentamente un hombre completamente vestido de negro seguido por un perro. El hombre se paró, colocó su mano encima de los ojos a modo de visera y miró hacia la ventana donde se encontraba Valeska. Ella saludó con la mano, pero tras unos segundos el hombre reinició su marcha sin devolverle el saludo.

Pocos minutos después, alguien llamó a su puerta. Valeska bajó las escaleras casi corriendo y fue a abrir encontrándose ante ella al hombre que acababa de ver por su ventana.

*“Buenos días joven”* dijo el hombre.

*“Buenos días”* contestó Valeska.

*“Permítame que me presente, soy Gonzalo Idallo, alcalde del pueblo”.*

*“Encantada, mi nombre es Valeska Tarzeno, soy la nueva enfermera. Empiezo mañana”* dijo Valeska tendiéndole la mano.

Gonzalo le tendió la suya y durante unos instantes miró con atención a Valeska antes de volver a hablar.

*“Y dice usted que es la nueva enfermera... Bueno, bien... Bienvenida. Verá, como acaba de llegar al pueblo mi mujer Antonia y yo nos preguntábamos si tal vez le gustaría cenar con nosotros esta noche. Vivimos en una de las casas de la plaza, la de los geranios rojos en los balcones, la reconocerá rápido...”*

Gonzalo se había quitado la boina cuando Valeska abrió la puerta y no paraba de retorcerla entre sus manos mientras hablaba casi a trompicones, *“parece algo nervioso para ser el alcalde”* pensó Valeska. Gonzalo tenía aspecto de buena persona, tendría unos 55 años pero su piel curtida por el sol le hacía parecer mayor. A pesar de la amabilidad con la que Gonzalo le había hecho la invitación, no parecía algo a lo que

Valeska pudiera negarse, tampoco le apetecía hacerlo, así que acordaron verse esa misma tarde a las nueve y media.

Todavía era pronto cuando Valeska acabó de organizar todas sus cosas en la casa, así que decidió salir a dar una vuelta por el pueblo antes de acudir a cenar a casa del alcalde.

El pueblo tenía un aspecto bastante tranquilo, no parecía muy grande y no se encontró con nadie por la calle en el camino de su casa al consultorio donde estaba deseando empezar a trabajar.

Aunque el sol ya estaba cayendo todavía hacía calor, era mediados de junio y parecía que iba a ser un verano caluroso. Abrió la puerta del consultorio y entró. Dentro, la temperatura era muy agradable, el edificio era una antigua casa de paredes de piedra que hacían que la temperatura se mantuviera fresca.

Valeska se sintió de pronto muy ilusionada. Su primer trabajo. Con tantos preparativos, mudanzas, etcétera, había olvidado la sensación tan agradable que le producía empezar a trabajar allí. Había sido buena estudiante y había disfrutado mucho de cada rotatorio de prácticas, pero de todos, el que más disfrutó fue el que hizo en centro de salud.

Entró en la consulta de Enfermería, su consulta. Por un momento, se quedó en la puerta, como si tuviera miedo a entrar. Desde allí, la imagen distaba mucho de parecerse a las consultas que ella conocía de los centros de salud de la ciudad.

El material estaba un poco desordenado, como si la última persona que se fue de allí hubiera salido corriendo. Las paredes blancas, estaban desnudas, adornadas solamente por un calendario de vacunaciones pegado encima del lavabo.

La mesa y las sillas parecían antiguas y Valeska tuvo la sensación de haber retrocedido 50 años. Esto la hizo sonreír. Mañana tendría que madrugar un poco más si quería tener la consulta ordenada antes de empezar a trabajar.

Eran casi las nueve y media cuando llamó a la puerta de la casa que creyó sería la del alcalde. A decir verdad, todas las casas que formaban la plaza del pueblo, excepto la que tenía el bar, estaban adornadas con geranios, y la mayoría de ellos de color rojo, así que optó por elegir la más grande y colorida. Acertó.

Gonzalo abrió la puerta y le hizo pasar. *“Llega usted muy puntual. Pase, pase, no se quede ahí en la puerta”*.

Valeska le tendió una botella de vino que Gonzalo aceptó amablemente, aunque le adelantó que el vino de su cosecha era uno de los de mejor calidad de la comarca. Valeska no supo entonces si había acertado o no con el detalle.

*“Le presento a mi esposa, Antonia”.*

*“Encantada señora”* dijo Valeska.

*“Lo mismo digo, bienvenida. ¡Pero si eres aun más joven de lo que Gonzalo me había dicho! ¿Cuántos años tienes hija? Debes de tener la edad de nuestro Mario”.*

*“Pronto haré 22”.*

La cena fue agradable, Antonia cocinaba de maravilla, se mostraba muy amable y pronto le hizo sentir como en casa. Gonzalo era hospitalario pero más parco en palabras y, a pesar de que Valeska le había dicho un par de veces que podía tutearla, no lo hizo. Así que era curioso ver como ella la trataba como a una hija y él mantenía las distancias.

Valeska escuchaba con atención mientras ambos se turnaban para contarle que Gonzalo llevaba siendo alcalde del pueblo más de 10 años, que este era un pueblo pequeño, tranquilo y con pocos sobresaltos. Le contaron que la gente era amable y que la mayoría de ellos se llevaban bien, a lo que Antonia añadió que no hiciera caso a las historias que le pudieran contar. Valeska no sabía a qué se referían pero prefirió no preguntar más. Ambos le dijeron que el médico del pueblo era un hombre ya mayor y que llevaba años trabajando allí. Vivía a unos 40 kilómetros, en una casa con un huerto donde disfrutaba cultivando todo lo que los vecinos le habían enseñado. Gonzalo se rió recordando su falta de conocimientos sobre la agricultura cuando empezó a interesarse por este tema.

También le contaron que tenían dos hijos, Mario de veintiún años que estudiaba arquitectura en Madrid y Laura de diecinueve que también se había marchado a estudiar filología inglesa. Este verano iba a pasarlo en Inglaterra, pero Mario vendría a pasar las vacaciones al pueblo al acabar los exámenes a finales de junio.

Poco después de las once Valeska se despidió de sus anfitriones y se fue para casa, quería llegar pronto al consultorio a la mañana siguiente y necesitaba descansar, demasiadas emociones para un solo día.

En el camino pudo ver gente sentada en pequeños grupos en la puerta de cada casa, la temperatura había bajado y la noche era muy agradable. Todos la seguían con la mirada con curiosidad devolviéndole con timidez su saludo.

Ya en la cama repasó mentalmente su día. Estaba allí, casi no podía creerlo, sobretodo porque todo lo que había visto hasta ahora le gustaba. Estaba dispuesta a hacerlo bien y a disfrutar de la experiencia que la vida le brindaba. El sueño le venció rápido. Mañana sería otro día.

A la mañana siguiente tomó un café rápido y salió hacia el consultorio. La temperatura era agradable pero haría calor a lo largo del día.

Organizó, limpió, cambió de sitio, puso y quitó... en poco menos de dos horas Valeska había conseguido darle un toque personal a la consulta y se sentía satisfecha, lo cierto era que parecía otra e incluso los muebles parecían más nuevos. Todo estaba listo y ella también, tenía más ganas que nunca de empezar a trabajar.

*“¡Aquí huele a limpio!”* oyó que decía alguien desde la sala de espera. Salió para ver a quién pertenecía aquella voz.

Así conoció a su compañero de trabajo, Luis Armejano, médico titular del pueblo. Don Luis, como lo conocía la mayoría de la gente, era un hombre de casi sesenta años, con el pelo cano, no muy alto, con algún kilo de más y con cara de buena gente.

Luis, como le dijo a Valeska que le llamara, la recibió encantado.

*“Hacía falta un cambio de aires”,* le dijo, *“A mí ya me tienen muy visto y yo a ellos también. Y nada de tratarme de usted que estamos en el pueblo, eso déjalo para los cirujanos del hospital. Aquí me llaman don Luis sólo porque no se acostumbran a llamarme solamente Luis”*.

Luis le cayó bien desde el principio, parecía tranquilo y agradable y seguro que congeniaban trabajando.

Como aún era pronto y todavía no había llegado nadie a la consulta Luis aprovechó para poner al día a Valeska, pacientes crónicos, encamados, programas de salud... conocía a cada paciente por su nombre y apellidos, si tenían o no alergias, qué medicación tomaban, conocía a los que seguían sus recomendaciones o los que sólo asentían con la cabeza para después hacer lo que les daba la gana, y no sólo eso, sabía quién tenía buena cosecha o ese año se le había estropeado, quién se llevaba bien con quién, en definitiva, conocía todos los entresijos de las gentes del pueblo.

*“Esto se aprende con el tiempo, tómatelo con calma. A esta gente hay que saber llevarla, y yo llevo muchos años peleándome con ellos...”* le dijo intentando animarla al ver el agobio reflejado en la cara de Valeska.

Tenía razón, con el tiempo, estaba segura de que conseguiría conocerlos a todos, el pueblo no era grande, aunque en verano, las casas que durante el invierno permanecían cerradas se volvían a llenar de vida de gente huyendo de la ciudad. Tenía varios meses por delante para conocerlos y ponerse al día, sabía que era cuestión de tiempo.

*“¿Cómo sabré si vienen para mi consulta o para la tuya?” preguntó Valeska.*

*“No hace falta, se te cuelan en la consulta. Ellos se organizan en la sala de espera y saben quién va al médico y quién a la enfermera. Los avisos a domicilio los dejan en el buzón de la entrada, hay que mirarlo todas las mañanas. La mayor parte, es consulta a demanda, porque como ha habido tanto baile de enfermeros en los últimos meses se ha hecho poca consulta programada, así que puedes organizártelo como quieras”.*

*“¿Cómo es que ha habido tanto cambio en este puesto? Cuando llamé me extrañó que todavía estuviera libre...”*

*“¿Te extrañó? La vida y el trabajo en un pueblo son distintos a los de la ciudad. Tienen que gustarte y no todo el mundo se acostumbra a ellos. Muchos de nuestros colegas prefieren trabajar en hospitales grande, o en centros de salud de ciudad, con todos los medios al alcance de la mano, con miles de pruebas diagnósticas que les ayudan a llegar a lo que buscan, realizando técnicas complejísimas o manejando sofisticados aparatos...”*

*“¿Y cómo es que...?”*

*“¿Cómo es que yo sí estoy aquí? A eso quizá puedas responderme tú en un par de meses...”* “, dijo en tono serio, *“si es que tienes espíritu de chamán”*, añadió entre risas.

Algunos minutos después fueron llegando los primeros pacientes, todos para la consulta del médico. Valeska fue revisándose historias, localizando pacientes diabéticos, hipertensos, mayores de 65 años... le gustaría empezar a controlar a estos pacientes, quería hacer educación para la salud... las ideas empezaban a agolparse en su cabeza.

*“¿Nos tomamos un descanso? Te invito a un café”.*

Valeska miró su reloj, eran casi las once, se había entretenido tanto mirando las historias que las horas se le habían pasado sin darse cuenta.

*“Si nos vamos los dos, no nos encontrarán si hay una urgencia”.*

*“Aquí todo el mundo sabe que de once a once y media me tomo un descanso y en este pueblo sólo hay un bar, así que si hay algo, sabrán dónde encontrarnos”.*

Durante el café Luis le presentó a la familia que regentaba el único bar del pueblo, Alfredo, de unos cuarenta años y su esposa Elizabeth, una dominicana de unos treinta años que le cayó muy simpática. También le presentó a otros dos señores más que estaban tomándose algo, Evaristo, que ejercía de alguacil y Martín, un amigo suyo.

*“¿Y cómo dice que se llama?”* preguntó Evaristo.

*“Valeska”* dijo Luis.

*“¿Vanesa?”* volvió a preguntar Evaristo.

*“No, no, Valeska”* repitió ella misma.

*“Encantado señorita”* dijeron ambos a coro.

Elizabeth los miraba divertida desde la barra *“Tranquila Valeska, dale su tiempo, yo llevo casi cinco años en este pueblo y Evaristo todavía sigue llamándome Isabel”*.

*“Es que no hay quién se haga con los nombres de ahora, ¿ya nadie llama a sus hijos Fermín o Fermina?”* dijo Evaristo con tono serio y todos, menos él, rompieron a reír.

Después del café Luis tenía que ir a entregar unas recetas aprovechando que iba a hacer una visita a domicilio y Valeska volvió a la consulta.

Cuando llevaba allí cinco minutos entró un hombre. Era Tomás, el dueño de la tienda, preguntó por don Luis porque le dolía la cabeza y normalmente tenía alta la tensión.

*“Está en un domicilio, pero volverá pronto. Si quiere yo puedo tomarle la tensión para ver cómo está, sólo para descartar”*.

El hombre dijo que no se preocupase, que volvería más tarde y sin más se marchó.

Valeska se quedó un poco desconcertada con la actitud de Tomás. Además, en lo que llevaba de día no había visto ni a un solo paciente y únicamente se había dedicado a ordenar cosas y a revisar historias.

*“Hoy ha sido un día tranquilo para ser lunes”* le dijo Luis entrando en la consulta de Valeska al final de la mañana.

*“Demasiado diría yo”* y pasó a relatarle el incidente con Tomás.

*“Dales tiempo, acabas de llegar, tienen que conocerte un poco más. A mí también me costó hacerme con ellos, pero de eso hace ya muchos años. Tú también lo conseguirás, ten un poco de paciencia, y ahora, vámonos a casa”*.

Aquella noche Valeska no descansó bien.

Evaristo acudió a la consulta a la mañana siguiente.

*“¡Buenos días Vanesa! ¿Cómo está?”* dijo entrando en la consulta y dejando la puerta entreabierta.

*“¡Buenos días Evaristo! Bien ¿y usted?”*

*“Bien, bien, bueno... ya sabe, con los achaques propios de mi edad, ya son muchos años ¿cuántos años cree usted que tengo?”*

*“Nunca se me dio bien eso de calcular la edad...”*

*“Inténtelo”.*

*“Déjeme que piense... ¿sesenta y cuatro?”*

*“¿Sesenta y cuatro?”* rió Evaristo *“¡Esos ya hace años que los cumplí! Tengo setenta y dos”.*

*“Caray, nadie lo diría... ¿y cuál es el secreto para tener tan buen aspecto con setenta y dos años?”*

*“Es fácil, el aire del pueblo y la comida del huerto, ni fertilizantes, ni sulfatos, todo ecológico como dirían los pipis de ahora...”*

*“Entonces Evaristo usted también debe de tener algo de hippie...”* añadió Valeska entre risas.

Evaristo permaneció callado unos minutos y siguió mirando con detenimiento la consulta.

*“Oiga esto le ha quedado precioso, la consulta parece otra”.*

*“Gracias Evaristo. Y dígame, ¿puedo ayudarle en algo?”*

*“¿A mí? Sólo pasaba por aquí y he venido a saludarla. Ya sabe, si necesita cualquier cosa, vivo en una casa con la fachada amarilla que hay subiendo a la iglesia. Es la única del pueblo pintada de ese color, hay quien cree que trae mala suerte”.*

*“Gracias Evaristo. Usted también sabe dónde encontrarme si me necesita. Y, si quiere, puede tutearme”.*

*“Bueno, he de irme. ¡Qué tenga un buen día Vanesa!”*

*“Lo mismo digo Evaristo... y es Valeska”* añadió mientras Evaristo salía por la puerta.



Por segundo día consecutivo, nadie había acudido a su consulta todavía y a Valeska empezaba a extrañarle. No era normal que nadie necesitara de sus cuidados. Si no había trabajo para una enfermera en aquel pueblo, ¿qué hacía ella allí?

Buscó en las historias, recordaba haberlo visto en alguna, descolgó el teléfono y marcó el número.

*“¿Sí?”* dijo una voz de mujer desde el otro lado de la línea.

*“Buenos días, ¿Aurora? Soy Valeska, la nueva enfermera del pueblo. Perdona que la llame, pero acabo de incorporarme al puesto y sé que usted tiene a su madre en casa”.*

*“¿Quién dice que es?”*

*“La nueva enfermera”.*

*“¡Ah! ¡La practicante! ¿Es usted hija de don Ramón?”*

*“¿Cómo? ¿Hija de don Ramón?”*

*“Sí, el practicante del pueblo, el de toda la vida”.*

*“No, no, verá...”*

*“¿De don Luis?”*

*“¿De don Luis?!”* Valeska se preguntó si le estaba tomando el pelo *“No, no soy hija de ninguno de ellos, verá yo llamaba para...”*

*“¡Cuánto apreciábamos a don Ramón! Pero se jubiló ¿lo conoce?”*

*“No, no lo conozco. Verá yo llamaba por otro asunto...”*

*“¿Le ha dicho don Luis que me llamara?”*

*“Pues no, no me ha dicho que la llame, lo que pretendo explicarle es que...”*

*“¿Y no está don Luis?”*

*“Sí, está en su consulta, pero déjeme que le explique, el motivo de mi llamada es que he revisado la historia clínica de su madre y sé que lleva tiempo en casa. Si a usted no le importa, me gustaría hacerle una visita en su domicilio”.*

*“¿En mi casa? Oiga pero si mi madre está muy bien cuidada. La levanto, le doy de comer lo que más le gusta y está limpia y aseada, sé cómo cuidar a mi madre, ya llevo muchos años haciéndolo”* contestó Aurora con tono airado.

*“No lo dudo, en absoluto” se apresuró a aclarar Valeska. “No dudo de que su madre está perfectamente atendida, pero como enfermera me gustaría hacerle una visita, algo rutinario”.*

*“Se lo agradezco mucho, pero no se preocupe, mi madre es mayor pero está bien cuidada, si le ocurre algo entonces ya la llamaré y ahora si me disculpa tengo cosas por hacer”* Y sin más, colgó dejando a Valeska con la boca abierta.

Valeska miraba a Luis sin entender qué era lo que le hacía tanta gracia. Ella estaba verdaderamente preocupada por la conversación que había mantenido con Aurora, por más vueltas que le daba no lograba entender qué era lo que había hecho mal para que Aurora se hubiera sentido tan ofendida.

*“¡¿Qué si eras mi hija?!”, repetía Luis sin parar de reír, “Esta mujer no tiene arreglo... No te preocupes Valeska”, le dijo Luis secándose las lágrimas que le había producido el ataque de risa, “Aurora es muy buena mujer pero demasiado orgullosa, es que tú también has ido a dar en el blanco. Entre toda la gente que podías haber llamado has ido a elegir a la más quisquillosa de todo el pueblo”* Después adquiriendo un tono más serio añadió: *“Verás Valeska, ellos te buscarán a ti cuando lo necesiten no te empeñes en buscarlos tú”.*

Era su tercer día de trabajo y todavía no había visto ni a un solo paciente. Se había repasado todas las historias pero lo cierto es que empezaba a aburrirse de no hacer nada. Luis había salido a hacer un aviso a domicilio cuando oyó que alguien entraba en la sala de espera. Eran Gonzalo, el alcalde, y su mujer Antonia que apretaba un pañuelo ensangrentado en una de sus manos.

*“¿No está don Luis?”* preguntó Gonzalo.

*“No, ha salido. ¿Qué ha pasado?”* preguntó mirando la mano de Antonia.

*“Me he cortado abriendo una lata de conserva, no parece mucho, pero ya sabes lo escandalosa que es la sangre y este hombre se pone nervioso por nada”* dijo refiriéndose a su marido.

*“Vamos a verlo Antonia, pasa a mi consulta. Es un corte limpio y no muy profundo, pero le harán falta un par de puntos”* le dijo Valeska empezando a preparar todo el material necesario para suturar la herida.

*“¿No será mejor que esperemos a don Luis?”* dijo Gonzalo.

*“¿Pero qué dices Gonzalo? Si está aquí Valeska, ella puede hacerlo perfectamente, así que vamos hija, cose lo que tengas que coser y me voy a acabar la comida que he dejado todo a medias”*

Ambas sonrieron.

Valeska realizó su trabajo y se sentía bien cuando terminó, no sólo porque Antonia le dijo que lo había hecho con tanta delicadeza que apenas le había dolido, sino porque, por fin, había atendido a su primera paciente como enfermera del pueblo y porque Antonia le había ayudado más de lo que ella creía demostrándole su confianza.

A la mañana siguiente cuando Valeska entró en el centro se encontró con una sala de espera más llena de lo habitual, saludó y entró en su consulta esperando otro día no muy diferente de los anteriores, cuando alguien golpeó varias veces en la puerta.

*“¿Se puede?”* preguntó Evaristo mientras abría la puerta de la consulta.

*“Adelante. Buenos días Evaristo. ¿Qué le trae por aquí?”*

*“Buenos días Vanesa, verá... yo... venía a por unas recetas...”*

*“El médico no tardará en llegar”.*

*“Ya, el caso es que verá... hace tiempo que no me miro la tensión y he venido en ayunas por si creía necesario mirarme, bueno, el azúcar, ya sabe, si cree...”*

*“Vamos Evaristo, súbase la manga de la camisa...”*

Todas las noches, antes de dormir, a Valeska le gustaba sentarse en la terraza de casa para disfrutar del silencio bajo un cielo estrellado mientras repasaba el día. Hoy había tenido trabajo, por primera vez desde que había empezado a trabajar en el pueblo y se sentía útil por fin.

Poco a poco Valeska fue haciendo suya la consulta, cada vez era más conocida en el pueblo y todos empezaban a confiar más en ella, incluso ella misma.

Revisó la agenda, para hoy tenía programada una visita a domicilio a la madre de Aurora, Herminia. La primera vez que lo intentó no tuvo suerte, pero la segunda vez lo había conseguido.

Se encontró con Aurora en la consulta de Luis, había acudido a por unas recetas y Luis las presentó. Valeska aprovechó para intentar de nuevo la visita a Herminia, y aunque Aurora parecía reacia y hacía continuamente alusiones a lo joven que parecía Valeska, al final, accedió a concertar esa visita.

Hacía demasiado calor para ser las diez de la mañana, llevaban varios días de bastante calor e incluso por las noches se hacía difícil dormir. La casa de Aurora estaba en una de las partes más altas del pueblo y llegar allí se convirtió en una prueba física. Esperó a serenarse un poco y recuperar el ritmo de su respiración antes de llamar al timbre, no quería dar una mala impresión a Aurora, al menos no una peor de la que ya tenía de ella.

*“¡Buenos días Aurora!”*

*“¡Buenos días! Madrugas mucho”* contestó Aurora.

*“Bueno, habíamos quedado a las diez, pero si molesto...”*

*“No, no, pasa ¿te apetece un café? Las jóvenes de ahora no desayunáis”.*

*“No gracias, la verdad es que yo sí suelo desayunar y bastante bien, no paso por alto que es una de las comidas más importantes del día”.*

*“Y dime ¿qué te hizo parar por este pueblo? Aquí estamos alejados de todo y no suele ser un sitio que os guste a la gente de ciudad”.*

*“Quizá al resto de la gente de ciudad no, pero yo me encuentro muy bien aquí, la vida en el pueblo es agradable”.*

*“Eso lo dices porque no llevas ni un mes aquí, cuando lleves años, si es que aguantas, seguro que no piensas lo mismo”.*

Aurora la intimidaba y Valeska se sentía observada por ella. Estaba segura de que Aurora sabía que la ponía nerviosa y se aprovechaba de ello, incluso parecía divertirla, pero Valeska no estaba dispuesta a dejarse intimidar y decidió zanjar una conversación que empezaba a resultarle incómoda.

*“La verdad es que tengo más visitas que hacer y no me gustaría retrasarme, así que si no le importa me gustaría ver a Herminia”.*

*“De acuerdo, está en su habitación, por aquí”* contestó Aurora algo molesta.

La habitación de Herminia estaba limpia, ordenada, olía a ropa recién lavada y tenía flores naturales. La luz entraba por la ventana haciéndola aun más acogedora y de inmediato Valeska se sintió por primera vez cómoda desde que había entrado en la casa.

Al lado de una mesita camilla estaba sentada en una silla de ruedas Herminia.

Herminia tenía ochenta y seis años, era menuda, con el pelo tan blanco que con la luz parecía brillar y la cara, casi sin arrugas, reflejaba serenidad. Parecía estar concentrada haciendo algo que tenía en el regazo y que Valeska no alcanzó a ver.

Valeska y Aurora observaron a Herminia en silencio desde la puerta, ninguna de las dos parecía atreverse a interrumpirla. Sin levantar la vista de lo que estaba haciendo Herminia habló.

*“Aurora, ¿quieres algo hija?”*

*“Sí, madre, ha venido...”*

*“La enfermera, pase y siéntese, por favor”.*

Valeska se quedó quieta mirando a Aurora que con un leve movimiento de cabeza la animó a acercarse a la mesita donde estaba Herminia.

*“Adelante, no se quede ahí, siéntese. Aurora ofrécele un café o una infusión, lo que más le apetezca”.*

*“Ya le ofrecí madre y no quiere”.*

*“Yo tomaría un café y no me gustaría hacerlo sola. Si fuera tan amable de acompañarme. Hija, por favor, tráenos algo”.*

*“Como diga madre”.*

Herminia esperó a que su hija saliera de la habitación y entornara la puerta para dejar encima de la mesa lo que tenía entre las manos. Entonces Valeska pudo ver que no estaba trabajando si no leyendo. Herminia era ciega y lo que tenía entre sus manos era un libro en braille.

Valeska no se atrevía a romper el silencio y la paz que había en aquella habitación. Herminia parecía tranquila en su presencia, sin prisas y ella también se sintió así.

Herminia miró a Valeska y ésta pudo ver una mirada perdida en unos ojos que reflejaban más vida que otros muchos que pudieran ver.

*“Disfruto con el silencio, y creo que usted también. Cuando se intenta llenar el silencio, las palabras suenan vacías ¿no cree?”*

*“Al principio me costó acostumbrarme a tanto silencio, de donde vengo, los momentos de silencio son pocos, pero ahora disfruto de ellos, sobre todo por las noches” dijo Valeska.*

*“¿Una gran ciudad?”*

*“Sí”.*

*“Y dígame, ¿qué es lo que ofrece una gran ciudad para que la mayoría de la gente prefiera vivir en ellas?”*

*“Oportunidades, supongo...”*

*“¿De trabajo?”*

*“Supongo...”*

*“Entonces, dígame, porque trabaja tan lejos de una de ellas...”*

Aurora entró con una bandeja de café humeante que esparció su aroma por toda la habitación y Valeska empezó a sentir la agradable sensación de estar en casa.

El pueblo, los vecinos, Aurora, todo lo que formaba o había formado parte de la vida de Herminia fue salpicando su conversación de casi una hora. A Valeska la visita le resultó tan agradable que acordaron verse la próxima semana.

Cuando Valeska se despidió sabía que la próxima visita no sería sólo una visita de Enfermería, quería volver a ver a Herminia y hablar con ella por el placer de conversar y hacerse mutuamente compañía.

Una noche mientras Valeska estaba cenando en la terraza de casa llamaron a su puerta de forma insistente. Fue rápido a abrir y allí estaba Alfredo, el dueño del bar, nervioso, pidiéndole que fuera rápido con él, Elizabeth no se encontraba bien, algo malo le pasaba.

Cogió su maletín y salió corriendo detrás de Alfredo que estaba hecho un manojo de nervios. *“Rápido, por favor, no sé lo que le pasa, pero no se encuentra nada bien”* era lo único que Valeska conseguía averiguar cuando le preguntaba qué era lo que le estaba pasando a Elizabeth.

Durante el camino Valeska empezó a pensar en lo que iba a encontrarse y si sabría resolverlo. Se reconoció a sí misma que tenía miedo, era la primera vez que se enfrentaba a una urgencia y eso, la ponía nerviosa. Respiró dos veces antes de entrar en la habitación donde habían tumbado a Elizabeth, dejó el maletín a los pies de la cama y tuvo que sujetarse las manos para evitar que nadie se diera cuenta de lo mucho que le temblaban.

Elizabeth estaba embarazada de ocho semanas y hoy no se había encontrado bien durante el día, se fue a descansar, pero desde hacía poco más de una hora había

empezado a manchar y tenía dolores abdominales que habían ido aumentando hasta hacerse casi insoportables.

*“Tranquila, haré lo que pueda”* dijo Valeska, aunque no sabía muy bien si lo decía por Elizabeth o por ella misma.

Tensión, glucemia, frecuencia... todo parecía estar dentro de la normalidad pero el dolor iba en aumento y prácticamente no se dejaba explorar. Llamó para pedir una ambulancia y después llamó a Luis para contarle lo que pasaba.

Luis iba para allá, pero tardaría en llegar una media hora, mientras tanto le dijo lo que podía ir haciendo y Valeska lo hizo.

Conforme pasaban los minutos fue ganando seguridad en sí misma, hizo cuanto Luis le había dicho y Elizabeth empezó a mejorar poco a poco.

Luis y la ambulancia llegaron prácticamente a la vez, para entonces, tanto Elizabeth como Valeska estaban más tranquilas.

Trasladaron a Elizabeth hasta el hospital más cercano. Eran casi las dos de la mañana cuando Valeska salió a la puerta de urgencias y se sentó agotada en la acera. La luna llena parecía mirarla desde lo alto y ella se sintió atrapada, tanto, que no se dio cuenta de que Luis se había sentado a su lado.

*“Buen trabajo Valeska”.*

*“¿Cómo está?, me refiero a...”*

*“Está mejor, no tiene dolor, pero lo ha perdido, si es a eso a lo que te refieres”.*

Valeska permaneció callada, no sabía muy bien qué decir, no sentía que hubiera hecho un buen trabajo.

*“Quítatelo de la cabeza, no podías hacer nada más por evitarlo, has hecho lo que tenías que hacer. Ella se recuperará y volverán a intentarlo. Estoy seguro de que pronto tendremos un nuevo niño corriendo por el pueblo, que falta hace. Déjame que te cuente algo, recuerdo perfectamente la primera vez que tuve que atender una urgencia. Fue una reacción anafiláctica. El paciente era un hombre joven, de unos cuarenta años al que le habían picado varias abejas. Cada vez le costaba más respirar, empeoraba por momentos y me bloqueé. Estaba nervioso, me sudaban las manos y era como si de repente hubiera olvidado todo lo que sabía. No sabía qué era lo que tenía que hacer y lo único que quería era salir de allí corriendo. Pero no lo hice, me quedé, empecé a ponerle medicación y el paciente fue respondiendo poco a poco. Cuando acabó me sentía fatal, el paciente había mejorado pero yo no sentía que lo hubiera*

*hecho bien, había tenido miedo Valeska, había sentido las ganas de huir de allí dejando al paciente a su suerte, pero reaccioné a tiempo e hice lo que tenía que hacer, como lo has hecho tú hoy. Hoy has hecho lo que te gusta, has puesto en práctica todo lo que has estudiado estos años, hoy has dado un paso adelante en tu profesión y créeme, es normal tener miedo, todos lo hemos sentido alguna vez, esta ha sido la primera, pero no será la última, volverás a sentir miedo, volverás a tener ganas de salir corriendo, pero volverás a quedarte, volverás a serenarte, volverán a dejarte de temblar las manos y harás tu trabajo tan bien como lo has hecho hoy, estoy seguro de ello”.*

Valeska tenía los ojos llenos de lágrimas cuando Luis la abrazó.

Al día siguiente todo el pueblo sabía ya lo que había pasado, las noticias así corrían como la pólvora en un pueblo tan pequeño. Elizabeth había pasado bien la noche y pronto estaría de vuelta. Alfredo había venido a descansar un poco y se pasó por el consultorio. Estaba enormemente agradecido por lo que habían hecho por su mujer, pero antes de marcharse se dirigió a Valeska, le apretó la mano con firmeza y le dijo que si no hubiera sido por ella no sabía qué hubiera pasado.

Los días fueron pasando y Valeska trabajaba cada vez más. Se encontraba más a gusto en la consulta y con la gente del pueblo, empezaba a sentir que había conseguido hacerse un hueco entre aquella gente, sentía que confiaban en ella y en su trabajo y esa era la mejor recompensa que podía tener.

Visitaba regularmente a Herminia, a las dos les encantaba la compañía de la otra y Valeska disfrutaba con las historias que Herminia le contaba. Era una mujer culta, instruida y que había adorado viajar. Incluso Aurora parecía disfrutar con ver a su madre tan contenta cada vez que recibía la visita de la nueva enfermera, como todavía la llamaba.

Conoció a Mario, el hijo de Gonzalo y Antonia, y a algunos de sus amigos. Quedaban por las noches a tomar algo y salían los fines de semana. Valeska se sentía realmente bien, habían hecho un buen grupo y era como si los conociera de toda la vida.

Habían pasado casi cuatro meses desde que llegara al pueblo y su contrato estaba a punto de terminar. El verano tocaba a su fin y era el momento de volver a la ciudad y, quién sabe, de si trabajar en otro lugar. Pensó en las muchas cosas que le habían pasado desde su llegada y se dio cuenta de que esta experiencia le había cambiado. Había aprendido mucho como enfermera, pero sobretodo, había crecido como persona. Cada persona que había conocido le había enriquecido y le había enseñado algo. Luis, Herminia, Evaristo, Antonia, Gonzalo, Aurora, Elizabeth, Alfredo... conocía a todos por sus nombres, sabía qué le pasaba a cada uno, si tenían un buen día o



estaban preocupados por algo, se había acostumbrado tanto a la vida del pueblo que tenía que reconocerlo, le gustaba y sabía que la echaría de menos al volver a la ciudad.

*“Buenos días Herminia”.*

A Valeska no le gustaban las despedidas, pero tenía que decirle adiós, no podía irse sin decirle nada.

*“La vida son etapas Valeska. Yo misma he cambiado varias veces de ciudad hasta que regresé a este pueblo. Cada vez que me mudaba me invadía una sensación de pérdida, sentía que lo que dejaba atrás no volvería y la pena me envolvía. Con el tiempo me di cuenta, de que esto, no era del todo así, la gente que conocí, las experiencias que viví, los recuerdos, todo viajaba conmigo y se hicieron un hueco en mi vida. Daba igual cuánto me alejara de ellos, siempre estaban conmigo. No te dejes invadir por la tristeza pequeña, echa la vista atrás y fíjate en lo que has cambiado. Puede que tú no te des cuenta, pero ya no eres la misma que llegó aquí hace cuatro meses. Has cambiado Valeska y este pueblo y su gente ya forman parte de ti”.*

Valeska se despidió de Herminia y Aurora con lágrimas en los ojos a pesar de que se había prometido a sí misma no llorar.

De vuelta a la consulta se encontró con Evaristo. *“Adiós Vanesa, va muy pensativa”*, seguía llamándola Vanesa, pero se dio cuenta de que hacía tiempo que ya no le importaba.

Luis la esperaba en la consulta, le había comprado una hermosa planta y la había envuelto con papel de celofán él mismo.

*“¡Ah! Estás aquí. Llevo tiempo esperándote”.*

*“¿Ocurre algo?”* preguntó Valeska un poco preocupada por si se había ausentado más de la cuenta.

*“No, bueno, es una tontería, pero quería regalarte esto. No es nada, sólo una planta, espero que te guste... Verás Valeska, he trabajado muy a gusto contigo estos meses y voy a echar de menos tener compañía, el invierno aquí es aburrido”.* Ambos se emocionaron al fundirse en un abrazo mientras Luis le deseaba toda la suerte del mundo allá donde fuera y le hizo prometer que iría a visitarlos de vez en cuando.

Por la noche Valeska empezó a hacer las maletas y tuvo la sensación de llevarse más cosas de las que había traído. Era verdad, la gente del pueblo la había llenado de recuerdos que quería llevarse con ella, pero esos no estaban en la maleta, ya iban con ella.

Estaba sentada en la terraza disfrutando por última vez del cielo estrellado que tanto le gustaba mirar cuando llamaron a su puerta. Era Mario, tenían una sorpresa para ella. A regañadientes, Valeska cogió una chaqueta y se fue con él.

Se emocionó al ver reunido en el bar de Alfredo y Elizabeth a casi todo el pueblo, todos habían querido pasar a despedirse y todos tenían palabras de agradecimiento y buenos deseos para ella.

De vuelta a casa se dio cuenta de lo que este verano había supuesto para ella, había sido mucho más que un trabajo, había conocido un estilo de vida y, por primera vez en el día, se le deshizo el nudo de la garganta y sonrió.

Al día siguiente, decidió madrugar, ya se había despedido de todos la noche anterior y no estaba segura de aguantar otra despedida sin venirse abajo. Cerró la puerta de la casa y dejó las llaves en el buzón de la consulta. Puso en marcha el coche y echó un último vistazo al pueblo a través del retrovisor.

Sólo llevaba dos días en la ciudad pero le estaba costando cogerle de nuevo el ritmo. Echaba de menos trabajar, las conversaciones con la gente del pueblo, a Herminia, a Luis...

Su familia y amigos querían saber cómo le había ido, qué había hecho, cómo era la gente de allí... pero Valeska no tenía ganas de hablar, era como exponer demasiado algo que le pertenecía.

A la mañana siguiente su madre la despertó temprano, *“Hija, te llaman del servicio de salud, dicen que quieren hablar contigo”*.

Valeska cogió rápido el teléfono. Durante la conversación permaneció callada, escuchando atentamente lo que le estaban diciendo. Parecía seria y su madre sentía una gran curiosidad por saber de qué estaban hablando.

*“¿Y bien?”* preguntó una voz al otro lado del teléfono.

Valeska sonrió y lo tuvo claro, *“Sí”* contestó. Supo entonces que la oportunidad que estaba esperando no estaba en aquella gran ciudad, su oportunidad había llegado a través de aquella llamada de teléfono.

Volvía al pueblo.

